

EL TRABAJADOR

PERIODICO OBRERO BIMENSUAL

Redacción y Administración: Estrella 110

JORNADA EXCESIVA

Todos o casi todos los oficios en estos países de pocos años han mejorado las condiciones de trabajo. Ha sido necesario, para obtener estas mejoras, luchar firme, hacer grandes sacrificios, pero al menos no han resultado estériles.

La jornada de ocho horas, algunas oficinas y no de poca importancia ya la han alcanzado. Otros no la han conseguido aun, pero con un poco de energía y buena voluntad, si se lo proponen, la conseguirán en breve.

Sólo en el obrero fabril trabaja una jornada que en su grado mínimo es de once horas. Hay comarcas donde se trabajan doce ó catorce y las hay que ni los mismos obreros saben a punto fijo la duración de la jornada.

Y si este estado de cosas subsiste aún, no es por que no haya habido luchas, ni es por que el trabajador no sepa que en alguna mejor ha obtenido, como el aumento de salario, ha sido más ficticia que real.

En distintas localidades, han estallado formidables huelgas en demanda de la reducción de horas de trabajo, pero hasta

hoy, ante la tenaz resistencia de la burguesía, casi todas han fracasado. En estos fracasos han llevado a la línea del obrero fabril cierta desaliento, y por lo regular se mira como un problema muy complejo y difícil de solucionar, el de la disminución de horas de trabajo.

Este desaliento es injustificado, este desaliento es hora ya de que desaparezca.

El obrero fabril ha de prepararse para luchar de nuevo, porque su situación es cada día más angustiosa. El progreso de la maquinaria ha sido en pocos años verdaderamente maravilloso y si el exceso de producción, consecuencia inmediata de este progreso, no hubiese abaritado los productos aumentando por consiguiente el consumo, hubieran quedado reducidos á menos de una tercera parte los obreros empleados en los establecimientos fabriles.

Pero el aumento de consumo no es ni puede ser tan grande como el aumento de producción resultante del perfeccionamiento de la maquinaria.

El equilibrio sólo puede encontrarse en la reducción de horas de trabajo.

Si durante estos últimos años el mal estar ha sido grande, hay que considerar que de aquí en adelante irá aumentando en progresión geométrica. Continuar entregados al más negro pesimismo y no

898
XVII

hacer nada para mejorar la situación es caminar á una muerte cierta.

La disminución de horas de trabajo es conveniente no solamente para emplear más brazos, si que también para proporcionar descanso al obrero, descanso más necesario, cuanto mayor es el perfeccionamiento de la máquina, ya que si ésta trabaja con más rapidez, mayor es la atención que debe prestarla el operario.

Y no es esto todo; el obrero tiene cada día mayores necesidades á satisfacer en el orden intelectual. ¿Puede cultivar su inteligencia haciendo una jornada tan excesivamente larga? Por estas y otras muchas razones, debe el obrero fabril trabajar de firme por reducir las horas de trabajo. Y ha de trabajar sobre bases sólidas sin caer en exageraciones que muchas veces malogran los más generosos esfuerzos.

La tarea no es muy fácil, pero tampoco puede decirse que sea imposible, ni muy difícil.

Y será más fácil aún, si el trabajador llega á convencerse de que tantas horas de trabajo embrutece y de que él es un ser racional y no una bestia de carga.

RÁPIDA

Ha llegado el invierno; si frío como todos como ninguno crudo.

Corona la nieve los picos de las montañas; hiélase al caer el agua de las fuentes. Se oye por la noche el aullido lastimero del lobo, que abandona el abrupto monte, acosado por el hambre.

Hasta el río aparece helado en la superficie; en tanto se deslizan mansamente las aguas al fondo, protegidas por la gruesa capa del hielo cristal.

Despojados los árboles de sus hojas, semejan las ramas secas y nerviosos brazos que se

levantan como midiendo al cielo el retorno de la estación que los cubre amorosamente con el verde traje.

Cuál si un genio ignorado de la infelicidad de la muerte hubiese estendido sus lígubres alas sobre las cosas, todo yace trágicamente rígido y frío.

¡Invierno maldito!

Algo hay todavía más frío que la nieve que corona las montañas ó el hielo que cubre la superficie del río: El hogar sin lumbre y sin pan del pobre jornalero.

Por conveniencias del amo testudea vulgará forepaga. Ha venido con el paro el hambre.

Acurrucados en un rincón, el padre maldice, la madre llora, los hijos. Los hijos se han dormido esperando ¡ay! el deseado pan. Falta en este sombrío hogar lo que sobra en el del amo. Allí en un salón radiante de luz, sientanse al rededor de la mesa los deudos y amigos del dueño. En los rostros encendidos y en la brillantez de los ojos, se adivina que acaban de comer espléndidamente.

Hablan de negocios. El amo anuncia, satisfecho, el magnífico resultado del balance. Todos alaban sus talentos y le felicitan por los grandes beneficios obtenidos durante el año.

Nadie se acuerda del obrero que está, con los suyos, extenuado por el hambre, medio muerto por el frío.

Sin el esfuerzo del pobre jornalero no estarían reunidos en el rico salón; no hubieran comido manjares succulentos; tampoco el amo obtenido beneficios.

Algo hay aún más frío que la nieve que corona las montañas; que el hielo que cubre la superficie del río; que el hogar sin lumbre y sin pan del pobre jornalero. El corazón de los que viven del ageno trabajo.

CONJURA

Corre con insistencia el rumor de haberse conjurado varios conocidos fabricantes de nuestra ciudad, para llevar á cabo un plan infame.

Además que se han reunido ya los mayordomos de los fabricantes, incitados por éstos, con el fin de cambiar impresiones y acordar los medios de poner en práctica la idea concebida por sus amos.

Trátase nada menos que de sitiar por hambre á los obreros que, por sus convicciones societarías, defiendan ó propáguen la asociación ó pertenezcan á ella. Para que tan malvado propósito de buenos resultados, se han comprometido los fabricantes de la conjura, y con ellos sus lacayos los mayordomos, á no admitir en sus respectivas fábricas al obrero despedido de una de ellas.

Tan menguados fines pueden sólo concebirlos los que no tienen la menor noción de los respetos que merecen á toda persona honrada, las ajenas convicciones.

No nos extraña, empero, la inícuca pretensión de aquéllos señores. Incapaces de albergar en sus huecos cerebros ninguna idea levantada ni en sus raquíticos corazones ningún sentimiento noble, se muestran tales como son: necios y malvados.

Ven en la asociación obrera un obstáculo á sus ansias de explotación, y para combatirla emplean toda clase de medios; hasta los más reprobables, por ser los que mejor cuadran á su condición de tirano venido á menos.

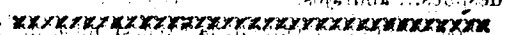
No dará el plan de los conjurados el resultado que esperan. Lo afirmamos. Servirá, por el contrario, para avivar más y más el entusiasmo en pró de la asociación y, bajo este punto, agradecemos muy mucho la intencionalidad de los fabricantes.

Debe, pues, tenernos sin cuidado su pretensión. Pero si desde el punto de vista del mal que puede causarnos el plan ideado no nos debe preocupar, importa que tengamos muy en cuenta los sentimientos que les inspiramos cuantos luchamos tenazmente, pero con nobleza por ellos desconocida, por nuestra completa emancipación.

Respondamos los obreros á la amenaza encubierta de los conjurados, uniéndonos más estrechamente si cabe. Trabajemos constante-

mente porque no quede ni uno sólo de los nuestros por asociar. Es el único medio para desbaratar los miserables propósitos de los que viven de la explotación.

Si continúan adelantando los trabajos para llevar á efecto la torpe idea de los fabricantes, denunciaremos sus nombres á la indignación de los compañeros, que suponemos estarán deseosos de conocer á tan carinosos patronos, partidarios seguramente de la «armonía entre el capital y el trabajo».



Solamente los burgueses tienen interés en la guerra: ésta les permite conservar los ejércitos que imponen al pueblo el respeto y la defensa de sus instituciones; por ella exportan los productos de sus industrias á los golpes de cañón que les facilitan nuevos mercados; ellos solamente suscriben los empréstitos; nosotros, los trabajadores, somos los únicos en satisfacer su importe é interés.

JUAN GRAVE.



BAZAR DEL POBRE

La Academia Católica ha empezado á recoger prendas de ropas usadas para el Bazar del pobre, que con tanto éxito viene haciendo todos los años. Después de clasificarlas y recomendarlas serán entregadas á los monasterios el día de la víspera de los Santos Reyes.

(De la Revista de Sabadell).

Estamos segurísimos que los que han redactado la gacetilla que antecede, no habían supuesto nunca que nosotros la dispensásemos el honor de trasladarla á las columnas de EL TRABAJO. Pero amigos siempre de dar á cada cual lo suyo, hemos creído que la generosa idea de la Academia Católica merecía bombo, y lo hemos transplantado gustosos para que sea más conocida y para que nuestros lectores puedan colocarla donde se merece.

Porque eso de que toda una Academia Católica, compuesta de los que forman la aristocracia del talento y la aristocracia del dinero, se imponga el sacrificio de recoger prendas de ropas usadas para cubrir los harapos de los me-

neros, es un acto de generosidad de tanta trascendencia que hay que ponerse de imprenta, como la famosa carta de Gigantes y Caballeros.

Y sirva esto de comparación, porque no se clasifique de herejía eso de confundir un acto de caridad con un acto del género chico. Después de todo, ese sentimiento egoísta que se ha hecho de moda llamarle caridad y que es de exclusiva propiedad de los que ostentan el lujo de llamarse católicos, tiene algo de analogía con el género chico. Mucho bombo y después... andrajos.

La famosa, la colosal, la excelsa idea de dar a los pobres lo que los ricos han de tirar al arroyo ó al montón, nos ha hecho concebir la más amarga esperanza de poder saber á ciencia cierta la manera con que los autores del *Bazar del pobre* simbolizan aquella hermosa fraternidad que predicó Cristo, y que ellos no pueden saber en su calidad de católicos, por ser un himno á la Paz, al Progreso, á la Libertad, al Amor.

No; los que quieren cubrir la miseria con harapos; los que se burlan del pobre dándole lo que los ricos arrojan, no pueden comprender la excelstitud de las tres santas virtudes: Libertad, Igualdad, Fraternidad, con todo y ser la esencia del dogma que Cristo dejó á sus apóstoles; ese Cristo de quien ellos esperan la recompensa á las aficciones, á las penas, á los martirios de esta vida.

Hemos de buscar á nuestro pobre Diccionario todas las palabras más dulces para no parecer demasiado duras en contra esos que se han jactado de haber verificado una obra buena construyendo un *Bazar del pobre* con las ropas usadas que los ricos han de arrojar; pero eso no impedirá que digamos que los que se han enriquecido con el sudor y las energías de los que han gastado su vida con las penalidades de un trabajo superior á sus fuerzas físicas y cuya escasa retribución les ha prohibido hacer ahorros para atender á sus necesidades cuando no han podido trabajar, tienen obligación de hacer más, mucho más para retribuir dignamente los favores que de ellos han recibido, que burlarse de su miseria ofreciéndoles prendas de ropas que ellos tal vez han manchado con sus vicios y sus concupiscencias.

No ha sonado aún la hora de la justicia, ni somos nosotros los que la pedimos porque el castigo no se ha hecho para satisfacción de nuestras conciencias, pero jamás hemos de consentir que el pecado de algunos para burlarse de la virtud de ser pobre, nos obligue á servir de bufón al potentado.

Nosotros, que siempre hemos protestado enérgicamente de la sustitución del género chico, hemos de protestar con virilidad de esa caridad que tiene tanta analogía con aquel género y que de él se han sacado todos sus efectos: eludir la nobleza de sentimientos y escarnecer á los menesterosos.

He ahí lo que se propone la Academia Católica.

Pura CASSANYAS.

Mientras el estado de guerra prevalece, la obediencia se hace indispensable, y se tienen como virtudes la fidelidad y sumisión de los esclavos. A medida que la guerra va desapareciendo de nuestras costumbres, y la vida del trabajo y de la cooperación se desenvuelven, los hombres se habilitan más y más á defender los derechos propios, respetando á la vez los ajenos; la fidelidad al jefe, se debilita y se acaba por negar á la autoridad.

Entonces llegan á desafiar las leyes del Estado, y no tarda en mirarse la libertad de los ciudadanos como un derecho que es virtuoso defender y vergonzoso abandonar.

HERBERTO SPENCER.

El socialismo en el Japón

Cuando comprendieron los jefes de la aristocracia japonesa que era imposible continuar la política de aislamiento, y mantener su organización política y social al abrigo de la influencia europea, tuvieron desde luego la idea, muy natural, de tomar de Europa lo que constituía su fuerza: el desarrollo científico de sus aplicaciones industriales, conservando, como es lógico, los usos nacionales y las costumbres características de su país y de su raza.

En primer lugar nos tomaron el armamento. Los literatos y teólogos, comprobando la

raciente, preponderancia adquirida por las naciones europeas en la superficie del planeta, se atribuyen el mérito de ello, relacionándolo con las cualidades morales e intelectuales que se figuran expresar. Tal superioridad es debida de hecho, y los orientales lo han comprendido muy pronto así, principalmente a los europeos, y a la formidable herramienta mecánica de que disponemos. La supremacía militar e industrial no se sostiene sino por perpetuos progresos que los descubrimientos científicos ponen en práctica. Y entre estos descubrimientos, los más inmediatamente útiles son los del arte militar. Desde hace un siglo, casi la mitad de las razas humanas han sido eliminadas por el hierro y por el fuego. Hace poco los europeos atacaban a la enorme masa china cuya inferioridad militar no la permitía resistir.

Más despejados que sus vecinos del Imperio del Medio, los hombres del Sol Naciente, los japoneses, se previnieron contra la codicia británica, y bajo la dirección de instructores europeos constituyeron un ejército y una flota. Sus soldados valen tanto como los nuestros, su escuadra será dentro de cuatro años la segunda del mundo.

Pero este armamento, concha militar indispensable para proteger su existencia y desarrollar su ideal, mantenerse fuera de la servidumbre impuesta a la India, no se puede sostener en condiciones de competencia con el armamento de las grandes naciones europeas sin la posición en el propio territorio de arsenales, fábricas y fundiciones metalúrgicas y todo nuestro sistema industrial.

La nobleza japonesa ha adoptado por necesidad ineludible nuestra organización industrial al mismo tiempo que adoptaba también la organización militar de Francia, Alemania e Inglaterra. Y también de la industria se han asimilado los japoneses con rapidez los métodos occidentales. Durante algunos años sus manufacturas fueron dirigidas por europeos; luego su genio imitador les permitió arreglarse solos, y el personal extranjero fué reemplazado por indígenas: hoy tienen contra-maestros, ingenieros y directores japoneses. Después de haber imitado, perfeccionaron e inventaron. Tienen Sociedades científicas y laboratorios. Salen de su país, y en todo el

Océano Pacífico, compiten con los ingleses. En Australia, Filipinas y Havaí forman colonias trashumantes de comerciantes hábiles y audaces.

El comercio exterior del Japón que era de 65 millones de francos en 1898, llegaba a 445 millones en 1894 y a 1.108 en 1898, es decir, que en cuatro años ha excedido del doble, gracias al efecto moral de sus victorias en China.

El Japón no oculta la pretensión de ser la Inglaterra del Océano Pacífico, y hay que confesar que sus fuerzas no son desproporcionadas a la aspiración.

Osaka, la gran ciudad industrial, la Manchester japonesa, tiene ya más de 825.000 habitantes; es decir, 300.000 más que Manchester. Ocupada por inmensas fábricas de ladrillo y llena de altas chimeneas, humeando constantemente, no se parece en nada a los apacibles paisajes del Kakemonos, por los que nuestros dilettanti son tan inclinados a juzgar al Japón.

A la vez que implantaban en su país nuestra herramienta militar e industrial, íntimamente solidarias, el Japón introducía también en sí huéspedes imprevistos: la cuestión social, inseparable de la gran industria, consecuencia fatal de la concentración de hombres y de capitales, se presenta a los insulares amarillos del Extremo Oriente, como a los insulares anglosajones y a sus primos de Westfalia.

Documentos muy interesantes sobre el particular han sido suministrados por Andrés Siegfried, que acaba de publicar en la *Crónica del Museo Social* la interesante conferencia en que se resumió los detalles recogidos con motivo de su reciente viaje a Japón.

El obrero japonés no se ha adaptado aún por sus costumbres hereditarias a la disciplina soldadesca que acepta sin murmurar, su cofrade de Europa; no trabaja, sino cuando le conviene: una fábrica de mil obreros no puede nunca contar más que con un término medio del 80 por 100. Cada cual toma sus vacaciones cuando le parece bien; va y viene cuando quiere; si le molestan, no vuelve más. Es aún independiente, libre en realidad.

En cambio, los jornales son muy bajos. En las filaturas de algodón de Tokio ó de Osaka, el hombre gana 1 franco diario. Lo que no

deja de ser un progreso sensible, pues en 1887 ganaba sólo 35 céntimos.

«Frente á las crecientes exigencias de los obreros, el capitalismo se ha ido derecho á sus consecuencias extremas: al trabajo masculino ha opuesto el de las mujeres y los niños. Y como el legislador no ha tenido aún tiempo de dictar leyes protectoras, se han cometido abusos increíbles.»

Según Siegfried, en Osaka, recorrió las filaturas algodóneras y las manufacturas de cerillas de que el Japón aprovisiona todo el Extremo Oriente—sin encontrar más de cien hombres, realizándose casi todo el trabajo por chicos y chicas. Las muchachas ganaban de 37 á 50 céntimos, y los chicos de 25 á 35. El mismo ha visto en una fábrica de cerillas de Osaka criaturas de siete á ocho años trabajando ocho horas diarias por un salario de 7 céntimos y medio.

No intento comentar estas cifras. Me limito á recomendarlas á los partidarios de la «libertad del trabajo». En el Japón se encuentra lo que fué Inglaterra hace un siglo, cuando no existía reglamentación del trabajo, en la época nefasta del «dejad hacer, dejad pasar».

En las fábricas de algodón las muchachas trabajan alternativamente, de día y de noche, once horas por 37 á 50 céntimos; si duermen en la fábrica, se les descuenta de 15 á 17 céntimos. Se las almacena en habitaciones de veinte dormitorios, en que descansan sobre esteras colocadas en el mismo suelo.

Pará poder apreciar estas cifras hay también que tener en cuenta la relativa baratura de la vida; no se puede sin embargo, vivir con menos de 15 céntimos diarios de arroz y pescado y 5 céntimos de alojamiento, en las condiciones más miserables.

A pesar de su indolente alegría, no ha tardado el obrero japonés en rebelarse contra semejante explotación, que acorrala en la fábrica á niños de seis años por jornales de á céntimo la hora.

La gran industria ha formado una clase de trabajadores más instruidos, y los estudiantes han importado del extranjero las teorías socialistas, han fundado una Universidad popular, una revista quincenal, Sindicatos y Cooperativas.

A la cabeza van los obreros impresores, los

que se han distinguido en todo el mundo: la Sociedad de Tokio cuenta con dos mil asociados: la de los mecánicos de ferrocarriles está también organizada. Esto no son sino los principios: no es menos cierto que tales gérmenes se desarrollarán como los demás. Y que el Japón, al tomarnos nuestra civilización industrial, ha adquirido todos los problemas de la vieja Europa.

ANDRÉS BERTHELOT.

Estamos de tal modo embrollados en la multitud de leyes religiosas, sociales y domésticas que nos hemos impuesto, hemos inventado tantos mandamientos, como dice Isáías, regla sobre regla para ésto, una regla para aquello, que hemos perdido completamente el sentido de lo que es bueno y de lo que es malo. El uno dice misa, el ateo recluta el ejército ó el impuesto militar, un tercero juzga, un sexto enseña, todos en fin se desembarazaron del trabajo del pan, lo echan sobre los otros, y olvidan que hay hombres que mueren de fatiga y de hambre. Pero antes de dar al pueblo sacerdotes, soldados, jueces, médicos, profesores, convendría saber que no se muere de hambre.

TOLSTOI.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

El maquinista de la fábrica de Vila y Fusté padece una sordera crónica y de un carácter especialísimo.

Es el caso, que cuando da en todos los relojes que marchan bien, la hora de parar la máquina, nuestro hombre (por causa de la sordera sin duda) no la oye y naturalmente para la máquina algunos minutos más tarde. Y, caso raro! al llegar la hora de ponerla otra vez en movimiento, el sordo del maquinista la oye algunos minutos antes de dar.

Todo lo cual resulta en perjuicio de los obreros de aquella fábrica, que ya comienzan á estar harsos de que se les birlen algunos minutos de descanso cada día.

Y como sobre el particular hemos recibido innumerables quejas, las trasladamos al ma-

quinista Bolet para que practique aquello de dar a cada cual lo suyo.

Y para advertirle de paso, que si también se hace el sordo a estas quejas, otro día hablaremos más fuerte para que nos oiga.

Hemos recibido la siguiente circular que gustosos reproducimos:

A LOS OBREROS DE LA REGIÓN ESPAÑOLA

COMPAÑEROS:

Para protestar del proyecto de ley de huelgas, celebraron, como es público, un mitin el día 24 del pasado mes las sociedades obreras de esta ciudad en el Salón Universal.

La protesta elevada en el precitado acto, si bien enérgica y potente, es de temer no logrará influir en las esferas gubernamentales, porque es de todos sabido que la burguesía tiene refugio en ellas.

Asaz probado queda en los términos del referido proyecto el absurdo afán del capitalismo en someter a espaldas del poder político, las rebeldías proletarias.

En esas concisas consideraciones se descubre la necesidad de que el obrero, recurra a otros medios más decisivos si cabe, para contrarrestar el insano capricho de los que pretenden esclavizarle con leyes infundadas y hasta en flagrante contradicción con los derechos mismos consignados en el derecho escrito y humano.

Si al disponer nuestra actividad y nuestro esfuerzo en pró de las reivindicaciones proletarias surgen violencias, no seremos nosotros quienes las hayamos provocado, en último caso, inclinase la responsabilidad sobre aquellos que escondidos en elevado sitial desentrañan todas las odiosidades que el exclusivismo de los intereses abriga para arrojarlas en perturbable caso sobre la frente de los harto humillados y escarnecidos.

Está en nuestra dignidad, en nuestra condición de hombres trazarnos una más certera línea de conducta ante las desmedidas represiones que se pretenden legalizar. Las provocaciones de la burguesía sólo logran contenerse por el arraigo de nuestras convicciones y por la fuerza de cohesión que a impulsos de ellas logremos establecer entre todos los trabajadores.

En este sentido nos dirigimos a todas las sociedades obreras de España que, convencidas de la amenaza que implica el proyecto de ley presentado en el Parlamento, entiendan necesario el combatirla resuelta y enérgica-

mente. Nada hemos de resolver que no quede plenamente justificado. Somos partidarios de la huelga general como medio de resolver los problemas de las luchas actuales, mas no obstante nuestras tendencias, a ella acudirémos después de haber apurado todos aquellos medios que intenten persuadir a los gobiernos de la injusticia perpetrada.

Si después de nuestra pretensión, sería y reflexiva, consiguiese aprobación la ley precitada, está en nosotros el deber de imponernos por la huelga general como aceptación al reto por los poderosos lanzados contra los débiles, los obreros.

Reuníos pues, compañeros en asambleas generales; discutid y resolved acerca el objeto que nos inspira trazado en este escrito. Es de necesidad que todas las sociedades, cada una por sí, exponga su particular criterio, manifieste si ó no su conformidad a fin de que la Comisión que os saluda al recoger vuestras adhesiones, logre obrar de acuerdo en lo sucesivo y para los expresados fines, con las colectividades identificadas en su sentir y obrar.

Vuestros y de la R. S.

Barcelona 2 Diciembre de 1901.—La Comisión.

La Comisión queda constituida permanente todas las noches en el local que ocupa la Sociedad de Albañiles, Bot. 13, 1.º, de 9 a 11 al objeto de recibir las adhesiones é ilustrar en todo aquello que las sociedades consideren conveniente.

Las sociedades de fuera de Barcelona podrán dirigir la correspondencia a Pedro Guasch, Pasaje de la Tenaría, 12, bajos, San Martín de Provensals.

Hace algunos días fuimos invitados por la comisión nombrada para estudiar la manera de pagar el cupo de consumos por medio de reparto, a una reunión de delegados de las entidades adheridas.

La comisión dió cuenta de los trabajos hechos, y de los obstáculos con que tropezó, ya en las leyes, ya en algunas corporaciones que deberían tener el mayor interés para que aquel plan se realizase.

En vista de estas explicaciones se acordó dirigir al Sr. Alcalde el siguiente oficio:

Excmo. Sr.

Después de examinados todos los antecedentes se nos han suministrado referentes al modo de ver si sería posible presentar a V. E. un plan de reparto de consumos, según indicábamos en nuestra comunicación del 20 Octubre, tenemos de participar a V. E., aunque con mucho sentimiento nuestro; de momento vemos imposibilitados el poderlo presentar, por

abonp on sup 1970er eb comed abn... ensem
 las trabas que la Ley de Consumos pone en su
 articulado y ipm no serios jamoco. posibla
 hacer un estudio detenido sobre el particular,
 ya muy complejo de sí, y que esta Comisión
 Ejecutiva, no se considera, con la suficiencia
 necesaria, para emprender esta tarea, máxime
 debido a la premura del tiempo, y a lo que puede adelantarse a V. E. esta Comi-
 sión Ejecutiva es de que en nombre de todas
 las Sociedades adheridas, protestamos, del in-
 justo impuesto de consumos, y reservándonos
 suplicar a V. E. permiso para celebrar un
 meeting público como a fin de nuestras gest-
 tiones sobre el particular y comunicar a V. E.
 oficialmente las conclusiones se acordaren en
 el mismo día, a fin de que se obtenga el efecto
 deseado. Dios guarde a V. E. muchos años.
 en Sabadell 10 Diciembre 1901. — El Presidente,
 Juan Bautista Vilanova. — El Secretario,
 Antonio Miralles. — Sr. Alcalde de Constitucional de
 esta Ciudad.

En Barcelona se ha constituido una sección
 de resistencia compuesta exclusivamente
 de mujeres. A lo que parece tendrá grande
 importancia.
 Pasan ya de dos mil el número de asocia-
 das. Cantidad muy respetable si se tiene en
 cuenta el poco tiempo que está fundada dicha
 sección.

La Sección de Cerrajeros Mecánicos de esta
 ciudad, puede asegurarse que en lo que resta
 de año quedará totalmente reorganizada.

La Comisión de Propaganda y Organiza-
 ción ha trabajado con éxito para agrupar de
 nuevo a los obreros fundidores.

La reorganización de esta sección puede
 darse pues, por hecha.

La citada comisión nos comunica que en
 el mitin que se celebró en Sans, al que asisti-
 eron algunos de sus individuos, reinó el ma-
 yor entusiasmo, y que juntos con una comi-
 sión de Tarrasa hicieron en aquella localidad
 trabajos para organizar una Sección de Prepa-
 ración. A hilatura de estambre trabajos que
 han sido coronados por el éxito.

Desde el lunes en que comenzaron a hol-

gar ha ido creciendo el entusiasmo de los huel-
 guistas hasta el punto de ser un número in-
 significante el de los obreros que no han se-
 cundado la actitud de sus compañeros.

Para dar una idea de la magnitud de la
 huelga bastará consignar que son de siete a
 ocho mil los huelguistas.

Aunque los patronos no parecen inclinados
 por ahora, a ceder a la justa demanda de los
 obreros, cosa natural tratándose de explota-
 dores, se muestran aquellos muy esperan-
 zados.

Confiamos en que la tenacidad y el entu-
 siasmo de los huelguistas, determinarán en su
 favor la victoria.

En consecuencia de la huelga de pañeros
 de Cádiz de que hablamos en nuestro número
 anterior, se han desarrollado en aquella ciu-
 dad serios tumultos. Hubo palos, pedradas y
 hasta tiros y cuchilladas.

Culpa la presa burguesa a los obreros como
 causantes de los atropellos. A nosotros no omal

No negaremos que los obreros toman su
 parte en las algaradas, pero afirmamos as-
 mismo que los causantes verdaderos del con-
 flicto son los patronos. Si estos retribuyeran ade-
 cuadamente a sus operarios y no les hicieran objeto de explotación
 no tendrían lugar los tumultos que se
 lamentan.

En Huelga en Castellón los obreros alpare-
 teros. Causas de la huelga. Las de siempre
 las peores condiciones del trabajo.

Para ver de llegar a un acuerdo de ope-
 siera término al conflicto, se han reunido
 obreros y patronos en el despacho del Gober-
 nador. No consiguieron ponerse de acuerdo
 por la intransigencia de los últimos que se
 negaron a aceptar la fórmula de convenio
 antes de someter la cuestión a un jurado
 mixto.

Es la informalidad una de las buenas
 cualidades que más distinguen a los pa-
 tronos.

Nuestro estimado colega La Razón de Re-
 gueras, ha dejado de publicarse.

Sentimos de veras la desaparición del cole-
 ga por las causas que la motivaron.

R. Cal. /
 Van X.